



TEODORA
LAMADRID



ELISA
BOLDUN

tortuosos, ha querido demostrar que también, cuando se lo propone, sabe hacer reír. Y esto—que Echegaray haga reír—es tan asombroso, tan insólito, como que Vital Aza estrenara un drama. La obra es considerada por muchos como superior a *El café*, de Moratín. Se trata de una sátira punzante y mordaz contra las costumbres teatrales. Los críticos, con poco sentido de la medida, se desatan esta vez en epítetos elogiosos y hasta hiperbólicos: «La literatura dramática, el arte que ennoblecieron Calderón, Lope, Tirso y Moreto, resucitó anoche. Como no podía menos, ese paso gigantesco lo dió don José Echegaray, cuyo cerebro, por privilegio divino, encierra todas las grandiosas ideas de la Humanidad.»

«Asistimos al renacimiento del teatro español. Harto de buscar los efectos de su grandiosidad en el sentimiento, cansado de conquistar al público con lágrimas, Echegaray se entretiene esta vez vencíéndole a carcajadas.» «Es la sátira del genio burlándose de los pigmeos, que se habían atrevido a criticarle.»

María Tubau, prescindiendo por una vez del repertorio extranjero, estrena una bella comedia de Eugenio Sellés, *Las vengadoras*, que consigue un éxito entusiasta y unánime... entre las esposas engañadas. Como éstas—¡ay!—son numerosas desde que el mundo es mundo, Sellés cuenta con nutrido y fervoroso público. *Las vengadoras* son las amantes; las mujeres livianas, infieles, derrochadoras, que el hombre—¡insensato!—prefiere a la mujer legítima, dulce, abnegada. Las vengadoras atormentan, traicionan y arruinan a sus enamorados, vengando de rechazo y sin saberlo a las esposas ultrajadas.

No poco vacila el empresario de la comedia antes de dar a conocer un drama de Dicenta. Nueve años antes, triunfó éste como autor dramático en *El suicidio de Werther*. Pero esta nueva producción, por su acento bronco, desgarrado y su tendencia realista, ¿no ha de ofrecer violento contraste con el tonillo almirado de las comedias en boga? ¿No hará torcer el gesto al público de la comedia «ese terreno bajo en que florece la triste pasionaria»? En el argot teatral se llama «comedia de guante blanco» a una obra de tono fino, mundano, y «comedia de alpargata» a la de ambiente popular. *Juan José* es, sin duda, «un drama de alpargata». El público «distinguido» no quisiera conocer del pueblo más que la gracia castiza, los tipos risueños y zumbones de *La Verbena de la Paloma*. Pero ese ambiente sórdido de la casa de vecindad..., ese Paco, el rico contrahebre, codicioso de los encantos de Rosa; la «señá» Rita,

experta en miserables tercerías; el cuadro del patio de la cárcel, el crimen pasional... María Tubau se niega, desde luego, a encarnar la protagonista de *Juan José*. Ella sólo admite la mano que mata enfundada en guante blanco. Es la señorita Martínez quien se hace cargo del papel de Rosa, la hembra ambiciosa incapaz de apreciar el amor de Juan José. La secundan dos excelentes artistas: Nieves Suárez y Josefina Alvarez. Thuiller, tan distinguido, tan «señor», hace un alarde de ductilidad dando la exacta sensación de lo plebeyo. El drama se impone desde el primer momento, y el entusiasmo del público no tiene límites cuando, en la escena final, los amigos del infortunado criminal le suplican que huya para salvar su vida. «¡Mi vida—clama Juan José señalando el cuerpo de Rosa—, mi vida era esto, y lo he «matao»!»

«Vuelve la verdad al teatro—escribe Dicenta—, y vuelve empujada por la juventud que la ha visto surgir, resplandeciente, poderosa, en las obras de los grandes maestros españoles. Vuelve con esa juventud, entre cuyas filas me cuento, que no quiere romper moldes, que se ríe de los que tratan de romperlos, que sabe que el teatro, el buen teatro, será siempre lo mismo en su esencia: acción verdad, caracteres verdad, pasiones verdad.»

¡Verdad, verdad! ¿Pero no tiene un límite esa verdad proclamada por el poeta? ¿No es preciso, muchas veces, atenuarla, aderezarla, embellecerla, de modo que produzca una emoción estética? Juan José es un chico recogido en el arroyo, criado en la miseria, educado en el oficio de mendigo, tosco, ignorante. No sabe leer ni escribir. Sólo sabe querer... y matar. Y sin embargo... ¡Qué bien habla! ¡Cómo raciona! ¡Con qué delicadeza siente! ¡Con qué lucidez analiza su situación moral, y cómo desenraña los más intrincados fenómenos psicológicos planteados en su espíritu! Hay verdades excesivas. Juan José de «verdad» no sería así.

★
No constituyen los estrenos de que hablamos señaladas excepciones. Como éstos, de análoga importancia, hubo no pocos en el reducido espacio de diez años. Algunas de aquellas obras, que hoy, resistiendo a la acción depuradora del tiempo, divierten o emocionan, son de primer orden, y el conjunto de la producción dramática se nos aparece, cuando menos, estimable, decoroso, pese a la severidad demostrada en aquel entonces por los críticos, pese a la sonrisa, entre compasiva e irónica, que hoy suscita todo lo referente al período final del «siglo de las luces».

